

Confesiones de la reina Juana

Maruxa Duart Herrero

[Suenan campanillas, un monje, a quien nadie ve el rostro, cruza el escenario lanzando humo. El fondo del escenario lo cubre un gran terciopelo negro. Un sepulcro se halla en medio de la sala. Los caballeros pueden ser proyecciones o de cartón. Una proyección proyectará un sol, tinieblas, barcaza u oscuridad según indique el texto. Juana y Felipe vestirán apropiadamente para la época. El monje interrumpirá los diálogos con su presencia, campanillas e incienso, cada vez que intervenga la Voz en Off. Ambos reyes figurarán bajo un lienzo azulado colocado en un soporte alto, o bien cubiertos de vendas, dándose la espalda].
[Insertar breves minutos de música de la época].

Personajes: Juana, Voz en Off, Felipe El Hermoso.

VOZ en OFF: En la sombra anochecida del Museo del Prado Juana frente al sepulcro de su marido pide a los caballeros que los acompañan, a quienes discuten acaloradamente y a sus monjes, silencio, mientras frente a Felipe su esposo hace una confesión:

JUANA: “Cuando fallecisteis el sol sufrió el eclipse más espantoso de los que nunca nacidos, vieron. El sol se cubrió del todo. Estuve velando por vos, como debía, por caminos polvorientos. Más luego un velo cayó de mis ojos que os derrumbó. [Levanta las manos al cielo y clama al público] ¿Quién era yo, una mujer fuerte y hermosa mujer criada en la luchadora corte de Castilla al calor de buenos principios, o un espectro, ánima en pena, fantasma herido por un mal apego? Sin duda espíritus aviesos torcieron mi camino y ciega no supe ver lo que me esperaba con vos. Me abandonasteis en Castilla para gozar del libre albedrío de vuestra corte de amantes. Dormí mal noches interminables, comí poco, a veces nada, triste y consumida. Me negué a hablar como hace una persona enajenada. Mi locura fue vuestra frialdad y desprecio. Los remedios los tomé a resistiéndome a la fuerza bajo amenazas y persuasiones o no los tomé. Mi fortaleza, la imposición y el aislamiento a que se me sometía, hicieron que sufriera arrebatos de ira y furia pues arrancasteis de mi lado a vos y a mis hijos de quienes me separaban cientos de leguas de mares y tierras con la ayuda de los míos que no alcanzaban a ver más allá”.

VOZ en OFF: Entra en escena la vos que surge de las entrañas del sepulcro de Felipe el Hermoso.

FELIPE EL HERMOSO: Creía que me amabais hasta el delirio.

JUANA: Así fue, pues está en mi naturaleza apasionada y leal hacerlo. También lo es que estuve a punto de casarme con Arturo, el padre de aquel nefasto corta cabezas inglés Enrique VIII con el que estuvo casado mi hermana Catalina, aquel que guillotínó a sus esposas. ¡Saber que a diferencia de su hijo el rey Arturo fue tierno y agradable conmigo a pesar de la rígida salvaguarda de Cisneros que no supo ver el cáliz, bálsamo que necesitaba y que hubiera constituido a buen seguro Arturo!.

FELIPE EL HERMOSO: No os comprendo.

JUANA: ¡Ni falta que hace! Fray Cisneros, desconocedor de ciertas partes de la materia femenina, no supo ver que no necesitaba de rigideces ni severidades.

Fue el encargado de raptarme, y al igual que el resto de carceleros recluyó mi temperamento fogoso acostumbrado al aire libre a pocos metros de penumbra.

FELIPE EL HERMOSO: ¿Qué decís irreconocible y desalmada esposa?

JUANA: Lo que oís, que fui la esposa de un príncipe casquivano educado de manera muy distinta a la mía. ¡Ah, las costumbres amorosas de vuestra corte distaban mucho de las de la corte castellana! Fuisteis caprichoso vanidoso y superficial y yo una mujer de principios con carácter.

FELIPE EL HERMOSO: Una paranoica digo.

JUANA: Ni desmiento ni acepto vuestra interesada opinión. No excuso mis arrebatos fruto de mi voluptuosa naturaleza ni la ira como consecuencia de mi encarcelamiento y alejamiento de los míos. Mi debilidad de espíritu y enajenación a causa de ellos también lo son; pero fui y siempre he sido leal cosa que vos no sois ni seréis.

FELIPE EL HERMOSO: Mojigata diréis.

JUANA: Mojigata jamás. Bien sabéis que me gustan las fiestas y la jarana de vuestra corte, pero os ponía histriónico no poderme doblegar y hacer de vuestra capa un sayo sin contar conmigo. Tampoco aceptabais mi carácter temperamental y apasionado ni mi corazón indómito y libre.

FELIPE EL HERMOSO: Desbordante e invasor diría yo.

JUANA: No se me perdonó que pretendiese dar de mamar a mis hijos y gozar de ellos cuando esto no era considerado correcto. Me tachaban de indómita y loca cuando me bañaba y perfumaba al estilo árabe para gustarme a mí misma y a mi marido porque no era esa una costumbre bien vista entre los cristianos."

FELIPE EL HERMOSO: ¿Dónde está pues aquella mi esposa que me amaba incomprensible y desesperadamente cuando nos separaban tierras y mares?

JUANA: Se esfumó tras morir vos. Cuando conocí al rey Arturo y comprendí que os profesaba un amor que sólo estaba en mi cabeza, arrollador, frustrante y doloroso. Entendí que fuisteis un destello egoísta y pobre en mi corazón.

[Se escucha la voz amarga, fuerte y rota de la reina Juana]:

JUANA: Dicen que me volví loca y así fue cuando me quitaron a mis hijos, pero demostré que era mujer de fortaleza y agallas cuando camino a Flandes arreciaba tormenta, los caballeros que nos acompañaban pretendieron aligerar de carga el barco tirando al mar por la borda a su corte de concubinas para salvar el pescuezo. Dios sabe que no lo permití y dije a los caballeros que se tiraran ellos pues a fin de cuentas eran quienes se beneficiaban de sus servicios. Se despojaron de otras cargas y no naufragamos.

FELIPE EL HERMOSO: Entiendo pues, que ya no me queréis.

JUANA: Entendéis bien.

FELIPE EL HERMOSO: Pues desde ahora habré de liberaros de mi persona.

JUANA: Hace mucho que me libré de vos.

FELIPE EL HERMOSO: Ingenuo fui.

JUANA: Ingenuo no, egocéntrico y frívolo sí, marchad con Dios.

VOZ en OFF: Un humo recién llegado envuelve a Juana que se eleva dulcemente hasta desaparecer tras una estela de polvo. En el sarcófago Juana y Felipe El Hermoso se dan la espalda y así siguen durmiendo. Yacen juntos pero no revueltos pues cada uno mira hacia el otro lado allende los mares por los siglos de los siglos amén.

- FIN-